

reverdecido en llamas,  
 porque florece el camposanto y arde  
 todo un incendio forestal, valiente,  
 en las tierras del pueblo.

Junto al cuerpo,  
 terrón de nuestra tierra, viene  
 la primavera, avanza como reina y manda.  
 Y una explosión de pétalos y pájaros  
 hace mil salvas en su honor.

¡Desídselo!  
 Que sabemos de cierto que la vida  
 puede más que la muerte  
 y estamos todos juntos esta noche  
 bajo un árbol en flor porque queremos  
 agarrarnos al tronco de la vida  
 y navegar la muerte en su madera.

Traje interior, bautizo del paisaje,  
 Primavera que das los buenos días  
 al minera! del yermo y a las frías  
 carnes del hombre. Grácil oleaje,

Vispera de la vida en cercanías,  
 Milagro de la muerte. Tu mensaje  
 —¡decídselo a mi padre!— es el lenguaje  
 con que animas al hombre y lo atavías.

Vecinos de la muerte, en su frontera  
 todos los hombres llevamos escondido  
 un tronco de esperanza que nos tiene.

De puntillas, raíz, la primavera  
 tiene paso de flor como el latido  
 del hijo que esperamos y que viene.

José Luis MAJADA

Milenario del castellano escrito 1977-1978

## EL DIFÍCIL DIALOGO ENTRE ESPAÑOLES

por Juan PABLOS ABRIL



DIALOGAR es creer en el otro. Intentar encender alguna luz en el prójimo, aunque tantas veces el prójimo sea yo mismo. Escuchemos al otro, no desde fuera, sino desde dentro, porque el diálogo nos convierte a "ti" y a "mi" en "nosotros".

No existe diálogo sin suprimir antes las barreras políticas, religiosas, raciales, que todos llevamos dentro y que si las traspasa un amigo se convierte en enemigo.

Importa poco que en nuestra relación cálida con los demás surjan discrepancias. A lo largo de la Historia, los españoles hemos acabado entendiéndonos mejor con nuestros enemigos —árabes y franceses— que con nuestros aliados —ingleses y norteamericanos—.

Los lazos que sólo unen y nunca nos separan, terminan, inde-

fectiblemente por atarnos. Ganamos los amigos con nuestras cualidades. Pero los conservamos —acaso— por nuestros defectos. Hasta reñir —verbo atroz— puede ser también la forma más entrañable de abrazarse dos hombres que no saben hacerlo de otro modo.

Gustan contar en la India que un peregrino —de los que van sellando con sus plantas la trayectoria de su vida— vió, a lo lejos, en el desierto, una figura que le amenazaba como si fuese un monstruo. Al acercarse un poco más, distinguió que era un hombre, acaso un bandido. Al llegar junto a él, pudo comprobar que era su hermano alzando los brazos en súplica de auxilio.

Los esclavos que construían las obras faraónicas estaban vigilados por guardianes extranjeros que, no entendiendo su idioma, eran impasibles a toda

súplica. Faltaba la palabra. Ese pálpito que, cuando es de amor lleva más fuerza que el trueno. Y cuando es inteligente ilumina como un rayo.

Dialogar resulta difícil entre nosotros porque somos un pueblo con más convicciones que opiniones. Convertimos las ideas en creencias. Y mientras las ideas se tienen, las creencias se mantienen.

¿Quién de nosotros no se ha sentido, alguna vez, bombardeado materialmente por palabras que, más que dirigir, arrojaban contra nosotros? ¿Será el hombre una especie armada de palabras? Labios finos y tensos, convertidos en ballestas. Algunos compatriotas nuestros dialogan como si disputasen "rounds". Manejamos las palabras como si fuesen armas y decimos: "verdades como puños" en lugar de "verdades como templos", "razones aplastantes", "argumentos de peso", "demostraciones contundentes", "tomar posiciones", "cerrar tratos", "matar el tiempo", "mi real gana", "nos llevamos a matar", "se me puso a tiro", "al pie del cañón"... todo un arsenal.

España —llena de orgullo— inventó el idioma más hermoso del Orbe, para hablar con Dios, no con los hombres.

De aquí la musicalidad del castellano que —en oídos finos— suena como música de ór-

gano, trompetas y tambores. En ocasiones solemnes, a Juicio Final.

Nos recuerda Augusto Barinaga, que el primer vagido conservado de la lengua española —hace ahora exactamente mil años es una "oración temblorosa y humilde", mientras que el primer balbuceo francés, alemán e italiano, son tres juramentos que nos hablan de promesas guerreras y tratos comerciales.

¿Será cierto que los españoles disfrutamos en el ejercicio de no ponernos de acuerdo. Subrayamos lo que nos separa y olvidamos cuanto nos une. Practicamos el "quien no está conmigo, está contra mí", en lugar del "quien no está contra mí, está conmigo". Con demasiada frecuencia, nuestro diálogo es, en realidad, un monólogo alternante entre sordos. Hablamos tanto porque no sabemos escuchar. En vez de dialogar, discutimos. En lugar de discutir, disputamos.

Abundan entre nosotros quienes responden dialécticamente con un insulto, que es la palabra convertida en pedrada. Paladines del viejo y nuevo torneo a base de injurias e improperios.

Los débiles conocen siempre nuestros puntos más vulnerables para no errar el disparo de su última palabra. Nos faltan palabras y nos sobran gestos. El diálogo exige —sin duda—

mayor distanciamiento y menos pasión que la existente entre nosotros.

Para muchos compatriotas nuestros conversar es —ante todo— la conversión del otro. Las razones de los demás le ratifican y fortalecen. El hombre fuerte, en cambio, siente temor de su propia fortaleza. "Es maravilloso tener la fuerza de un gigante, pero es atroz comportarse como un gigante". (Shakespeare).

Si tomamos posiciones, convertimos en campo de batalla cuanto tenemos delante. Y reducimos a secundario todo lo que es segundo.

En mi Teruel se cultivó la tolerancia: se llama Arte Mudéjar.

Marañón rehusaba polemizar con sus disidentes porque creía que la verdad terminaba siempre por imponerse ella misma. Para Marañón y para mí, el símbolo de la Justicia no es la balanza, sino el tiempo. En contra de lo que se afirma, España no ha sido nunca país de herejes, sino de inquisidores. Como había más inquisidores que heterodoxos fue preciso ir a prender herejes más allá de nuestras fronteras. Porque el español no sólo aspira a salvar su alma, sino también a escoger sus tertulios para el Más Allá.

Al discrepante, la extrema derecha no sólo le cierra la puerta

de su casa sino también —¡ay!— las del Cielo.

Esa extrema derecha que antepone el Catecismo al Evangelio; los Mandamientos, a las Bienaventuranzas, y no concibe un Cielo sin "número clausus".

Pablo Neruda, refiriéndose a la conquista de Chile, por los españoles, concluye: "Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras".

El silencio significa ignorar al otro. A la queja de un pintor: "Usted ha silenciado mi obra", respondió el crítico: "También el silencio es una forma de crítica. La más cruel, ciertamente". "El silencio, a pesar de cuanto se opine en contra, es —en palabras de Martínez Garrido— el más claro manifiesto de la protesta y de la desaprobación". En ocasiones es mordaza que nos imponen: "Yo prefiero estar muerto a masticar lo que no grito", en queja de López Pacheco.

La salud no es el silencio de nuestro cuerpo, qué sería la muerte, sino el diálogo amable y placentero con él. También puede ser el silencio "Verdadera lengua universal y de oro", en verso de Juan Ramón Jiménez. O pudor de sabiduría rescatada. ¿No será el silencio el lenguaje de Dios, invitando al hombre para que hable? Pero los hombres permanecen mudos.

De hecho, la poesía se forja más con silencios y símbolos —decir sin decir— que con palabras. De aquí, los renglones cortos y las márgenes amplias. Sospecho que el primer poema fue escrito en un campo de concentración, por un prisionero pobre, en papel rico, en tiempo y con la esperanza de que cuanto hace un hombre —por desvalido que se vea— es trascendente.

Me resulta más inoportuno quien interrumpe mis silencios que quien quiebra mis palabras. Cuando un semejante cree que ha perdido todo, encuentra que aún le queda la palabra. Una palabra que puede ser grito desgarrado o caricia. Muchas veces el silencio no es silencio... sino vacío.

Nada separa tanto a dos hombres como una ventanilla pública o una mesa sin mantel.

El deseo de agradar —considerado una frivolidad entre nosotros— es el mejor de los prólogos para el diálogo. En el ritual de la dama ante su espejo —ese espejo tan gentil con la mujer coqueta— poco importan polvos, lacas, rimmel y carmín. Lo que realmente embellece a la mujer

es su deseo luminoso de complacer. Aplaudir es —siempre— como abrazar con las palmas.

Debemos aceptar que el derecho a equivocarse es uno de los derechos inalienables. Por algo lo reservó Dios al hombre frente al instinto certero del animal. Hay que tolerar un error entre cien aciertos y no valorar un acierto entre mil errores... Todo reloj parado marca la hora exacta dos veces cada día.

En el hombre —acaso porque es el animal más débil e inerme de la Creación— su pequeño colmillo se transforma en lanza o palabra agresiva. Aunque una mano levantada en ademán de agredir es —casi siempre— una mano que no encontró otra en su camino para estrecharla. Dar la mano, al llegar y desperdirla, significa —aparte de mostrarla desarmada— ofrecer lo mejor de cada uno. Porque la mano es el instrumento natural del alma.

Por estas dos bellas razones, juramos con la mano levantada.

Y tanto mejor si es callosa. Es decir, acostumbrada a apretar una herramienta o la mano de un amigo.

## VALENCIA DE ALCANTARA EN TORRES Y TAPIA

por Antonio AVILA VEGA



Es innegable que Valencia de Alcántara debe muchos datos de su historia al insigne cronista de la Orden de Alcántara,

Fray Alonso de Torres y Tapia. Pero también hay que consignar que su famosa Crónica ha inducido a error, en algunos casos, a los que han tratado de conocer los tiempos pasados de la Villa fronteriza. Errores debidos al propio Fray Alonso, ciertamente; pero no es menos cierto que, en otros, han sido los lectores quienes han tergiversado su texto.

Vamos aquí a tratar de aclarar uno de la primera tanda, es decir, de un error (al menos en nuestra creencia) del propio Torres y Tapia. Se trata de la ubicación de la Valentia romana. Y hablo de Valentia porque estoy plenamente convencido de que el oppidum y los agros que Cepión y Bruto entregaron a los lusitanos al final de las guerras viriáticas fueron Valencia de Alcántara y sus campos.

Pero como discutir esto nos llevaría muy extensas páginas, limitémonos aquí al posible error de Fray Alonso.

Dice éste, en la página 229 del tomo primero de la "Crónica de la Orden de Alcántara", que Valencia "no tenía su asiento (a lo menos en tiempo de los romanos) donde lo tiene ahora, sino distante de él una legua a la parte del Mediodía, en el camino que va a Mayorga, en otro alto fragoso y fuerte con unas rocas grandes que le ciñen y llámanle la Villa Vieja (...) Véñese también en sus contornos unas antas..."

He aquí un párrafo que ha traído a maltraer y ha dado gran trabajo a los que se han preocupado por la historia de nuestra Villa y que ha desorientado a muchos. Y es que, a la vez, es concreto y ambiguo. Lo primero, porque señala bien claramente que el lugar estaría a una legua al sur de la actual población, en el camino que va a Mayorga. ¡Pero, en el siglo XVII, no había en Valencia de Alcántara